

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

REVISTA DE LA QUINCENA

El partido católico, llamado integrista, se halla en plena crisis. Algunos de sus partidarios más conocidos y más respetables, se han levantado contra la jefatura de D. Ramón Nocedal, afirmando que dejan de pertenecer al integrismo nocedalista, porque quieren ser fieles á las enseñanzas pontificias que establecen diferencia entre la legislación de un país y los poderes constituidos, con lo cual vienen á significarnos que los nocedelistas se niegan á reconocer esa diferencia, mostrándose igualmente hostiles á la legislación que á los poderes constituidos. Aunque es de lamentar que los señores Campión, Ortí y Lara, Rivas, Pérez Guzmán, Capella y otros hayan tardado tanto tiempo en inclinarse ante esa doctrina pontificia, de aplaudir es que lo hayan hecho por último, y más dignos aún serían de aplauso, si conforme á las mismas enseñanzas, se sometieran desde luego á los poderes constituidos, bien que se propusieran combatir con todas sus fuerzas las leyes acatólicas de ellos emanadas. Hacemos, sin embargo, justicia al Sr. Campión, que en su manifiesto á los electores, fechado el 8 del presente Julio, parece decidido á reconocer esos poderes, pues termina así su manifiesto: «Tocante á mi adhesión al poder constituido, punto es este que resolveré según los dictados de la prudencia política, atendiendo al bien de la Iglesia y de España. Mis últimos escrúpulos han desaparecido, puesto que me consta que esa política es la que mejor responde al concepto que Roma tiene tocante á las relaciones que han de observar los católicos con los nuevos poderes.» Y para entrar de lleno en los planes pontificios, deberían los señores Campión y demás disidentes, atenerse á aquella doctrina de León XIII, consignada en la Encíclica *Immortale Dei*, según la cual pueden y deben los católicos, no sólo reconocer los poderes constituidos, sino intervenir en la dirección de la cosa pública, no para sancionar lo que hay de malo en las leyes modernas, sino para influir en ellas la savia católica de que están destituidas.

La Asociación Central de Padres de familia ha publicado una estadística de las obras realizadas durante el 2.º trimestre del presente año, que arroja el resultado siguiente:

Mujeres públicas recogidas, 57:

De diez años, cuatro.

De once ídem, una.

De doce ídem, una.

De trece ídem, cuatro.

De catorce ídem, dos.

De quince ídem, cuatro.

De dieciseis ídem, diez.

De diecisiete ídem, once.

De dieciocho ídem, ocho.

De diecinueve ídem, cinco.

De veinte ídem, una.

De veintiuno ídem, una.

De veintidos ídem, una.

De veintitres ídem, una.

De veinticuatro ídem, dos.

De treinta y dos ídem, una.

Ingresadas en el Asilo de las Oblatas, 48.

Entregadas á sus familias, 9.

Denuncias judiciales de casas de prostitución por corrupción de menores, 8.

Causas en las que los padres han entregado sus poderes á la Sociedad, para perseguir delitos de esta naturaleza cometidos en las personas de sus hijas, 5.

PRENSA

Libros y láminas pornográficos y periódicos impíos recogidos por la Asociación ó á su instancia, 82,000.

Denuncias presentadas contra periódicos, 4.

Dos contra *El Gato Negro* por ataques á la moral, y [dos contra *Las Dominicales* por escarnio del dogma é injurias al Clero.

Querellas contra periódicos, 3.

De las cuales dos han sido contra *Las Dominicales* por escarnio del dogma é injurias al Clero, y una por injuria á la Sociedad.

Expendedores de libros pornográficos denunciados á los tribunales y castigados por los mismos, 3.

TEATROS

Denuncia presentada contra la artista Diana Donnuse (*La Bella Chiquita*) por ataques á la moral, 1.

EMPRESAS Y COMPAÑÍAS

Exposición á la Arrendataria de cerillas para que se retiren de la venta las cajas que ostenten cromos pornográficos, 1.

Ídem á la de los tranvías del Norte, de Madrid, para que suprimiese un anuncio escandaloso que han ostentado los carruajes de la citada Empresa, 1.

ASUNTOS DIVERSOS

- Asuntos particulares arreglados, 24.
 Actos inmorales ó contra la Religión reprimidos y evitados, 16.
 Conferencias con las autoridades gubernativas ó judiciales para denunciarlas hechos que debieran evitarse, 32.
 Denuncias presentadas á la Asociación, 63.
 Ha intervenido, pues, la Asociación en 186 asuntos diferentes.
 Madrid 1.º de Julio de 1893.—El presidente, *El marqués de Comillas*.
 —El representante, *Carlos G. de Ceballos*.—El secretario, *José Huertas Lozano*.

*
 * *

Continúa desenvolviéndose majestuosamente en Francia la política pontificia. La intervención saludable de León XIII en la orientación de la política francesa, acaba de recibir una sanción oficial y solemne, que sin duda habrá llenado de júbilo al bondadoso Pontífice, empeñado hasta la tenacidad en la reorganización y en el vejuvenecimiento de la Francia. Con ocasión de haber impuesto el Presidente Carnot el birrete cardenalicio á los Eminentísimos Lecot y Bourret, y en la contestación á los discursos de los dos nuevos Cardenales, ha hecho el Presidente de la República una declaración franca de agradecimiento á la Santa Sede, por el interés que se toma en lo referente á la grandeza y al porvenir de la Francia. ¡Cuánto terreno ha ganado la política pontificia en la vecina República! Todavía no han transcurrido tres años desde que el famoso brindis del Cardenal Lavigerie, manifestación primera del pensamiento pontificio, alarmó á la inmensa mayoría de los católicos franceses, acostumbrados á considerar á la República y á la Iglesia como perfectamente irreconciliables, y ya el Jefe mismo de esa República reconoce y confiesa que la política pontificia entraña la salvación y la grandeza del Estado. Lean nuestros abonados las palabras de Mr. Carnot:

«El Gobierno se ha felicitado, al reconocer, en estos últimos tiempos, la unanimidad con que los miembros del Episcopado, como así bien los Sacerdotes que viven en contacto más inmediato con nuestras laboriosas poblaciones, se han aplicado á realizar el pensamiento del Soberano Pontífice, afirmando sus sentimientos de deferencia frente á los representantes del poder republicano y su voluntad de entregarse á esa gran corriente de unidad nacional que debe arrastrar todos los espíritus y todos los corazones.

»Mantiéndose en esa actitud, el Clero de Francia, respondiendo á las miras generosas del Soberano Pontífice, servirá mejor los intereses espirituales y morales que están confiados á su solicitud.

»Para lo cual, le bastará seguir los ejemplos que vosotros con tanta autoridad le estais dando, señores Cardenales, y haciéndolo

así, tenga por cierto que merecerá la aprobación de los espíritus sabios é ilustrados, deseosos de ver á todos los franceses agrupados en patriótico concierto bajo la égida de la República.»

Todos los católicos franceses se han felicitado del acto realizado en el Eliseo, con ocasión de la imposición de los birretes cardenalicios, excepción hecha de los Diarios realistas, que ven en la universal aceptación de la política pontificia el fracaso de la política de su partido. Sobre todo se lamentan esos Diarios de los elogios tributados por el Cardenal Bourret al Presidente Carnot, aunque creemos que lo que principalmente les ha contrariado, es el siguiente pasaje del discurso del citado Cardenal: «Vos me permitiréis ver en la ceremonia del presente día un indicio consolador del retorno, que todos los buenos ciudadanos desean, hacia las ideas de paz y de unión cristiana, que tanto convienen á la vitalidad de nuestra patria. Es llegada, en efecto, la ocasión de hacer esa experiencia sobre la base del respeto á los derechos de cada uno, de la participación á los mismos bienes, del goce de las mismas libertades. Los católicos no opondrán obstáculos de ningún género. Bajo la dirección del Gran Papa que gobierna la Iglesia, han aceptado lealmente las instituciones democráticas que el pueblo francés se ha dado, y están dispuestos á sostenerlas y á servir las, asociándose á las aspiraciones del país. Permitidnos esperar que ellos serán aceptados á su vez, no como vencidos que se rinden á la discreción del vencedor, sino como hermanos que vienen á aposentarse en el mismo hogar, y piden trabajar en común para la dicha de la misma familia y para el desarrollo progresivo de su bienestar y de su moralidad.»

* * *

Los Diputados de la derecha del Parlamento francés van adhiriéndose á esa política pontificia de pacificación. Dieron de ello testimonio hermoso y elocuente el día 1.º de mes, al solicitar monsieur Dupuy el aplazamiento de la interpelación sobre el motin de los estudiantes. Quiso oponerse al aplazamiento el diputado realista Mr. de Beaudry d'Asson, y casi todos los demás diputados abandonaron el salón de sesiones, entre los aplausos de la izquierda moderada, volviendo á la sesión para votar el aplazamiento en unión de los republicanos moderados. La derecha salvó á Dupuy, tan amigo antes de los radicales.

A fin de hacer efectiva la política pontificia, se ha fundado en el Departamento de Saboya un Comité de la Derecha republicana, encargado de preparar las próximas elecciones, y sobre pertenecer al Comité las personas de mayor prestigio en el país, recíbense á diario adhesiones valiosísimas que permiten augurar un éxito totalmente satisfactorio. Tal ha sido el que recientemente han obtenido los católicos de Lile, al votar para consejero general á monsieur

Emilio Scrive, candidato republicano católico, quien ha obtenido 2099 votos contra 1785, obtenidos por el oportunista Mr. Rigaut. No ha sido este triunfo tan brillante como el de Mr. Desjardins en l'Aisne, sobre el oportunista contrincante suyo, á quien llevó la ventaja de 2000 votos; pero debe tenerse en cuenta que el distrito de Lile-Nord pertenecía desde muchos años atrás al oportunismo.

Gracias á la intervención de León XIII, la Francia, á partir de las próximas elecciones, será dueña de sus propios destinos. Porque es un error creer que el Gobierno de Francia sea de hecho democrático. Hace 15 años que la República francesa está monopolizada por una insignificante minoría, por la francmasonería judía y atea, cuyos afiliados, según el folleto que acaba de publicar M. Paul Copin-Albancelli, no pasan en toda la Francia de 25000. Y con ser tan escasos en número, han llevado á la actual Cámara 200 Diputados, según confesión del H. Colfavru. Mr. Copin calcula que la francmasonería tiene en las Cámaras francesas una representación ciento treinta y siete veces más numerosa que el resto de la población francesa. Por otra parte, esa asociación tenebrosa, desconocida de la Nación, pero disponiendo de los principales Diarios y de los capitales de los judíos, impone de cada día más su dirección á los poderes públicos, ejerciendo una dictadura odiosa, de la cual Francia va á librarse por haber adoptado la política aconsejada por León XIII.

* * *

Reunióse el día 4 el Reichstag alemán. En el discurso del trono Guillermo II insistió sobre la necesidad de aprobar los proyectos militares, y su lenguaje lleno de dignidad y de confianza en los destinos del Imperio, produjo impresión favorable en la Asamblea, en el Imperio y en las Cancillerías europeas. El Emperador pide las bendiciones del cielo para el buen acierto de los Diputados, y se promete el mantenimiento de la paz europea, bien que, dadas las fuerzas militares de que disponen los otros Estados, quiere que se aumente el ejército alemán, para asegurar el honor y la grandeza de la patria. Ni una palabra, ni una alusión á la *triple alianza*. Alemania confía en sus propias fuerzas, y se basta á sí misma.

Si con detención se lee el discurso de Guillermo II y después se lee el que últimamente dirigió el Emperador Francisco-José á las Delegaciones del Imperio, se adquiere la íntima convicción, de que la *triple alianza* ha dejado de existir como centro de la política internacional europea. Ni Austria, ni Alemania se preocupan de la *triplice*, tan cara á los italianos. Austria descansa en las cordiales relaciones que la unen á Rusia, y Alemania vive segura, confiada en su formidable poderío militar. Italia es la única que se lamenta de la nueva orientación de la política europea, por

verse reducida á un aislamiento bochornoso, en medio de las exorbitantes complicaciones interiores y exteriores que la trabajan. Y para mayor desgracia suya, tiene que renunciar á la esperanza de estrechar relaciones con la Francia, porque la democracia francesa se aproxima al Vaticano, y los amigos del Papa no pueden serlo de la Italia oficial y secularizadora.

Volviendo nuestra atención al Reichstag alemán, es indudable que los proyectos militares del Gobierno obtendrán mayoría. Pero esa mayoría no seguirá dócil la política de Caprivi, antes parece cosa cierta, que Caprivi hallará hostilidad en el nuevo Parlamento, del cual, dada la heterogeneidad de los grupos componentes, será difícil hacer un instrumento de gobierno. El grupo más compacto, más numeroso y más decidido, será, como en la anterior legislatura, el Centro católico, dirigido por el elocuente Lieber, con quien tendrá que contar Caprivi, si no quiere ver anulados todos sus proyectos.

Ha empezado ya el Centro su campaña, reclamando la restauración de las Ordenes Religiosas, particularmente de la Compañía de Jesús, proscritas del Imperio desde los ominosos tiempos del *Kultur-kampf*. Según anunció Lieber en su programa electoral, la restauración de la Compañía de Jesús é Institutos religiosos similares, será el objetivo principal á que el Centro dirigirá sus planes parlamentarios, por ser ésta una de las reivindicaciones católicas más ardentemente reclamadas por el inolvidable Windthorst, y aplazada hasta hoy por razones de prudencia y de táctica política. Windthorst había presentado una moción pidiendo fuera abolida la ley que desterraba á los Jesuítas, pero la muerte le impidió ver el triunfo de su moción. Presentóla entonces el Conde Ballestrem, y aunque la moción tenía en el Reichstag favorable mayoría, tuvo el Centro que transigir con el Gobierno, retirando la moción de la orden del día, en cambio del apoyo que Caprivi debía dar á la ley de las escuelas confesionales. Como los Diputados liberales se opusieran á esta ley escolar, el Canciller, para darles satisfacción en sus sentimientos anticatólicos, anunció que la restauración de los Jesuítas no sería jamás consentida por el Gobierno, á pesar de lo cual, la debilidad de Caprivi y la condescendencia de Guillermo II, dejaron secumbir la ley de las escuelas confesionales, quedando burlado el Centro, que había retirado la moción Ballestrem y que no conseguía la escuela confesional. Así las cosas, en el último Congreso católico de Mayence hizo el Dr. Lieber, entre frenéticos aplausos, las siguientes declaraciones: 1.^a El Centro presentará de nuevo la moción Windthorst con el nombre de moción Ballestrem. 2.^a No la retirará jamás de la orden del día en favor de otra ley ó en consideración á una situación política cualquiera. 3.^a El Centro sabrá defender siempre á los Jesuítas contra toda especie de calumnias.

Tanto la *Pequeña Excelencia* como el Dr. Lieber, no han hecho

más que traducir los sentimientos de los electores católicos. El Centro no desistirá de su reclamación; volverá á la carga cien veces, si es necesario, con la persistencia indomable de esa Iglesia católica que tiene la paciencia de las cosas eternas. No asegura el Centro que los Jesuítas vuelvan próximamente; sólo asegura que volverán, aunque sea preciso esperar que desaparezcan ó mueran, uno tras otro, todos los enemigos de la Compañía de Jesús, los Falk, los Bluntschli, los Príncipes de Bismarck.

No sabemos los resultados que obtendrá el Centro en sus campañas parlamentarias, pues aunque vuelve más compacto de lo que estaba en la anterior legislatura, pero vuelve también más democratizado, y esto le impedirá contar, como antes sucedía, con el apoyo de los conservadores, grupo el más numeroso y el más adicto al Gobierno. La unidad de miras, el entusiasmo por la disciplina y la solidaridad entre diputados y electores y hasta la popularidad y elocuencia de Lieber, hacen esperar resultados felices de la campaña parlamentaria del Centro; pero debe tenerse en cuenta que, sea por haberse retraído, sea por no haber logrado la confianza de los electores, los jefes más experimentados en las lides parlamentarias y que mayor favor gozaban en las regiones oficiales, han quedado sin acta y faltará al Centro el auxilio de su autoridad, de su palabra y de su experiencia. Pero en igual caso se hallan los demás grupos parlamentarios, pues si el Centro echa de menos al Conde de Ballestrem, al Barón de Huene, al Conde Preysing y al Dr. Porsch, el partido conservador lamenta la falta de Helldorf, Ackermann, Stoecker y conde Stolberg, y los liberales, más maltratados todavía, se han quedado sin Bamberger, Caenel, Stanffenberg, Virchow, Broemel y Schrader, como los nacionales liberales lamentan la ausencia de Ochelhaeuser y Dr. Bund. Los hechos dirán si entre los Diputados nuevos sobresaldrán algunos que puedan sustituir dignamente á los arriba citados. Como quiera, la democratización del Centro le ha enajenado la adhesión de los Diputados polacos, adictos al Gobierno que les ha favorecido en las elecciones, olvidando que la Polonia fué la causa principal del Kultur-kampf, y que á favor de la Polonia perseguida luchó siempre heroicamente el Centro.

*
* *

El Gobierno húngaro ha hecho saber que para el 20 del presente Julio, tendrá terminado su proyecto de ley sobre el matrimonio civil, y que lo someterá á la sanción del Rey en Ischl. La opinión general es que el Rey Francisco José no sancionará esa ley anticatólica, contra la cual ha protestado el Papa, el Episcopado húngaro y el pueblo católico, y que aun cuando fuera sancionada por la autoridad soberana, no sería jamás adoptada por la *Tabla de los Magnates*. El diario católico *Magyar Allam*, cree saber que

las leyes religiosas del Ministerio Wekerle serán rechazadas en las altas esteras del Gobierno, siendo necesario disolver el Parlamento y consultar á la nación, con lo cual se obtendría, según deja esperar el estado de la opinión, una mayoría que rechazaría dichos proyectos. Esta solución marcaría un retorno al buen sentido político. Dos orientaciones pugnan por prevalecer en el reino de San Esteban: la concepción sectaria de M. Tisza, inspirador de las leyes actuales, y la concepción tradicional y nacional, representada hoy por el conde Alberto Apponyi, que retractado de sus manifestaciones poco católicas, observa hoy una conducta correctamente ortodoxa. La primera concepción subordina todos los intereses nacionales al espíritu de partido, al triunfo de una tesis filosófica y anticristiana, siguiendo las huellas de los oportunistas franceses; la segunda, patriótica y religiosa, intenta mantener los fundamentos y las grandes líneas de la construcción histórica, sin perder de vista las modificaciones que deben introducirse, habida cuenta de las necesidades nuevas y de los cambios sobrevenidos.

*
* *

La labor revisionista de Bélgica ha llegado á su tercera etapa. Después de haber establecido el sufragio universal plural, después de haber instituído el voto obligatorio, la Cámara belga se ocupa actualmente en la reorganización del Senado. Según el art. 53, el Senado belga debe ser nombrado por los mismos electores de la Cámara, y según el art. 56 los elegibles deben tener 50 años de edad y pagar un impuesto directo que no baje de 2116 francos, ó sea 1000 florines. Ambos artículos deben ser modificados y puestos en consonancia con la nueva ley del sufragio plural. Ni discusión siquiera ha habido sobre la existencia del Senado, conviniendo en ella los diputados radicales con los liberales y los católicos, y dando una muestra de buen sentido que no siempre tienen los radicales franceses. También ha habido unanimidad sobre la extensión de las condiciones de elegibilidad, sobrado restringidas en la Constitución, puesto caso que únicamente 600 personas pagan en Bélgica el censo senatorial, con todo y constar la Cámara de 69 senadores. Resulta de ahí que los departamentos pobres no tienen candidato propio, y por esto radicales, liberales y católicos están acordes en que es preciso, ó rebajar el censo, ó introducir en las listas capacidades elegibles sin el pago del censo, ó uno y otro á la vez.

Pero existe total desacuerdo sobre la composición del cuerpo electoral. En general, los conservadores tienden á limitar lo posible el sufragio, diferenciándolo del sufragio universal, para equilibrar el peso del número y obtener una Cámara moderada. Los radicales empero, y con ellos algunos conservadores, luchan por el establecimiento del sufragio universal, pero modificando el repartimiento de los electores, agrupados no por regiones, sino por pro-

fesiones ó grêmios; con lo cual, dicen, á una Cámara que representaría las circunscripciones territoriales, representadas por el número, se añadiría otra Cámara representante de los intereses sociales: clero, carreras profesionales, industria, comercio, agricultura. Pero la votación del día 22 de junio ha rechazado ambos proyectos, y desde entonces acá otros muchos han sido estudiados y discutidos, sin llegar á un acuerdo, y sin que éste aparezca como factible en término no lejano.

UN ACADÉMICO.

LA CRISIS ACTUAL Y EL PONTIFICADO

No sólo la sociedad tomada en general, pero aún cada nación considerada particularmente, experimentan un desasosiego que las estimula á ir en busca de un porvenir más feliz y halagüeño. Nuestra época es de transición, no en el sentido vago de que supone una etapa definida en la evolución histórica de la humanidad; sino en cuanto arguye un esfuerzo universal para salir del presente, en quien nadie halla bienestar, y conquistar un porvenir, donde hallen satisfacción las aspiraciones que á todos agujonean. Ninguna nación se considera bien constituida: ninguna quiere limitar su actividad y su ideal al desenvolvimiento de su actualidad: todas se mueven y se agitan y van á lo desconocido, impulsadas por tendencias varias y con frecuencia divergentes. La España sufre y yace estenuada; pero ignora de donde le ha de venir el remedio. La Francia oscila empujada hacia la derecha por la democracia cristiana y hacia la izquierda por la democracia revolucionaria y atea. La Italia que todo lo esperaba de la triple alianza, se va quedando sola frente á las reivindicaciones del Pontificado y á las exigencias de la francmasonería. Bélgica se halla en un periodo constituyente, esperando cerrar la era de sus frecuentes convulsiones. Alemania se ve perturbada por el antagonismo creciente entre el feudalismo prusiano y la burguesía bávara, entre el militarismo señorial y la democracia obrera. Austria experimenta el choque de las influencias rusa y alemana que la solicitan, mientras en el interior batallan el principio católico y el principio secularizador, y las diversas razas conspiran contra la homogeneidad nacional. Rusia se esfuerza en despojarse de sus hábitos asiáticos para revestirse de la cultura europea, pero se ve entorpecida por una nobleza despótica y por una democracia nihilista. Hasta la Inglaterra se remueve agitada, no sabiendo si dar preferencia al alma nacional de la tradición protestante ó al alma europea de las reformas populares. Sólo existe en Europa una potencia segura de sus destinos, que lee claro en

el libro del porvenir y que espera tranquila el día de mañana: el Pontificado. Poder internacional y cosmopolita, se desarrolla y vigoriza majestuosamente, aplicando hoy el programa de ayer y reservando para mañana el ideal que hoy acaricia.

El mundo se transforma, porque huye de su presente en busca de un estado más placentero; pero en medio de los cambios que experimenta, en medio de las fases variadas que la evolución ofrece, á través de la dislocación que las clases sociales y los partidos políticos y los sistemas gubernamentales presentan, un hecho constante obsérvase en todas partes: el avance progresivo de la democracia que reclama una organización social en armonía con sus intereses y con los fueros de la justicia. El advenimiento del llamado 4.º Estado es un hecho incontrastable. La democracia se dispone para tomar posesión del régimen de los pueblos. El porvenir le pertenece. Las corrientes democráticas dominan sin rival en algunos Estados, y como en todas partes se acentúan y se vigorizan y se extienden, acabarán por dominar en todos ellos. Todos los pensadores creen en el próximo triunfo de la democracia. Pero esa democracia no reclama reformas políticas, sino reformas sociales; no ambiciona los goces del poder, sino los de la fortuna; no protesta contra las formas de Gobierno, sino contra la desigualdad exagerada de las riquezas. No es aquella democracia política, manejada en momentos dados por la burguesía, y que inconscientemente servía á ésta de instrumento de poder, de ambición y de riqueza; sino la democracia socialista, que trabaja por cuenta propia, que sin descanso se ocupa en el mejoramiento de su suerte, que ha jurado reconstituir la sociedad sobre nuevas bases, que no se retirará del palenque sin haber logrado su empeño, sin haber impuesto una noción más justa de la propiedad, sin haber asegurado una más equitativa distribución de los bienes materiales.

Hija es esa democracia del liberalismo racionalista, económico y político del 1789. Saca las consecuencias de los derechos del hombre y del ciudadano proclamados por la Revolución francesa. Pero viene á castigar los crímenes sociales de aquellos que la han engendrado. Porque el liberalismo del 89 fué esencialmente desorganizador de todo vínculo social: en su empeño de combatir á la Iglesia y al trono y á la nobleza, relajó todos los vínculos sociales existentes, y afirmó como su conquista más preciada el triunfo del individualismo. Aplicó la teoría darwiniana al desenvolvimiento social. Y como no podía menos de suceder, el principio egoísta, antisocial, antiarmonico, del individualismo, ha creado un orden de cosas intolerable, el acumulamiento de las riquezas en pocas manos, el disfrute de la cultura social por los privilegiados, la explotación del mayor número por algunos más audaces, más inteligentes ó más afortunados, el encumbramiento de los menos sobre el envilecimiento de los más. Por

esto la democracia se presenta protestando contra ese individualismo egoísta, absorbente, desapiadado, y proclama el principio de la colectividad orgánica regido por las leyes de la solidaridad humana. Llega en posesión de un concepto social más filosófico, más conforme á la naturaleza de las cosas, que el preconizado por el liberalismo; porque la sociedad ha de ser un organismo vivo, y todos los individuos deben recibir la acción de la vida común orgánica, y todos á su vez deben contribuir con sus energías al funcionamiento del organismo, que debe regirse indefectiblemente por las leyes de la solidaridad y de la simpatía colectiva. El principio individualista y el principio socialista son antitéticos; pero éste se apoya en la naturaleza de la sociedad, y aquél es deletéreo de todo organismo social.

Así es como el liberalismo racionalista y económico, á la vez que ha producido el socialismo, debe hallar en éste el principio de muerte. Por esto, los partidos liberales se hallan en todas partes en completo descrédito y en rápida disolución, absorbidos por el creciente socialismo, que es la parte preponderante de la democracia que todo lo invade. Ese liberalismo que ha creado el desequilibrio económico, agoniza en Alemania, en Austria, en Bélgica y en Francia, donde el deseo de una reorganización colectiva y la sed de solidaridad, dan vida y vigor á la democracia socialista, que deja sin soldados á los jefes de los antiguos partidos liberales. La burguesía, llamada hasta hoy clase directora de la sociedad, ve roto en sus manos el dorado cetro de su dominación, y las masas obreras se han divorciado de ella, siguiendo la dirección de los jefes socialistas, ó adoptando los consejos del clero que en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra, en Francia y en Suiza se ha puesto al frente de la democracia cristiana.

Afortunadamente, ha coincidido el desarrollo de la democracia y las reivindicaciones de las clases obreras, con el magisterio pontificio del gran León XIII, suscitado por la Providencia divina para dar solución pacífica á los pavorosos problemas del presente momento histórico. La Encíclica *Rerum Novarum* y las repetidas instrucciones pontificias referentes á la cuestión social, han promovido un movimiento de adhesión y de confianza de las clases obreras hacia la Iglesia católica, que es firmísima garantía de bienestar para el porvenir. Sin esa acción eficaz é internacional del Pontificado, imposible hubiera sido evitar un choque colosal, supremo, entre la democracia socialista y revolucionaria, y las clases conservadoras del liberalismo triunfante. Pero la Sante Sede, depositaria de la verdad y de la justicia, que son las bases fundamentales de la sociedad, ha puesto su inmenso prestigio y su fuerza incontrastable á servicio de la sociedad conturbada, señalando los deberes y los derechos que deben establecer una firme solidaridad entre las diversas clases sociales. Esa intervención directa del Pontificado ha contribuido, no hay

duda alguna, al desarrollo y prestigio de la democracia, pero también ha iniciado una rápida deserción de las filas socialistas y revolucionarias, constituyendo una especie de socialismo cristiano, basado en la justicia y en el derecho y en la esperanza de racionales reformas sociales. En las últimas elecciones de Alemania y de Bélgica, los demócratas católicos han vencido á los socialistas, en circunscripciones eminentemente obreras, y donde años atrás sólo se conocía la democracia socialista revolucionaria. En esos dos países, el Clero ha formado asociaciones de obreros católicos que ostentan una vida exhuberante y que cada día son más concurridas.

En este caso, el presente puede tomarse como garantía del porvenir que nos espera. Recuerden nuestros lectores el pavor que inspiraba á las clases conservadoras y al mismo clero, en la aurora del Pontificado de León XIII, el desarrollo pujante de la democracia; pavor solo comparable al que infundía el desenvolvimiento rápido del socialismo, antes de la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum*. Pero hoy, la democracia, aliada de la Iglesia en Bélgica, en Alemania, en Suiza, en Francia, en Inglaterra, y en relaciones pacíficas en los demás Estados, ha dejado de ser considerada como un peligro, y nadie se espanta de que la Europa se democratice como las Américas; y el Socialismo, mirado con recelo por las clases conservadoras, deja de ser una amenaza á la cultura contemporánea, y ha emprendido una evolución semejante á la seguida por la democracia política. El Papa León detendrá al Atila del siglo XIX para que no penetre en Roma, emporio de la civilización cristiana.

Este recuerdo histórico nos pone ante los ojos las analogías que existen entre la misión desempeñada por la Iglesia en el siglo V, y la que debe desempeñar en nuestro siglo. También ahora se presenta un mundo nuevo reclamando el usufructo de la civilización elaborada por el mundo viejo, con la diferencia de que el mundo bárbaro del siglo V venía del lado allá de las fronteras, y los bárbaros de nuestra civilización surgen de los últimos estratos sociales, para establecerse en la superficie. La Iglesia bautizó á los bárbaros del Norte, los dominó, los civilizó, y se valió de ellos y de los elementos fundamentales de la cultura romana, para elaborar una nueva civilización; y de la misma manera ha iniciado en nuestros días la regeneradora tarea de cristianizar á la barbarie socialista, para con ella y los principios constitutivos del orden social, de los cuales es depositaria, formar una civilización nueva, establecer un nuevo estado social donde hallen satisfacción todas las legítimas aspiraciones. Las clases conservadoras del siglo V veían en las ruínas del mundo romano, acumuladas por los bárbaros, la mayor de las desgracias, y á ser bastante fuertes se hubieran opuesto á la regeneración histórica operada por la Iglesia: las clases conservadoras de nuestra época,

también quisieran aplastar á la democracia socialista, atentas á mantenerse en las espléndidas posiciones que ocupan, y hasta trabajan por hacer cómplice á la Iglesia de sus planes; pero ésta es conservadora de los principios fundamentales que debe aplicar á la evolución social, y no de los intereses de momento: aspira á dirigir el carro del progreso, y no se empeña en detener su marcha como las clases conservadoras. Las circunstancias se brindan á maravilla para hacer amplia y adecuada aplicación del Evangelio al orden social, encarnando las ideas de fraternidad, de igualdad, de justicia, de caridad, que sólo parcialmente se han acomodado al organismo social cristiano; y la Iglesia no faltará á su misión. Evangelizará á la sociedad, como evangelizó sucesivamente al individuo, á la familia y al Estado.

J. JUBERO.

EXCISION INTEGRISTA

Con motivo de la excisión ocurrida en el partido integrista, acaudillado por D. Ramón Necedad, se ha hablado y se ha escrito muchísimo en España acerca de la distinción que los católicos políticos deben hacer, de acuerdo con la doctrina pontificia, entre la legislación vigente y los poderes constituidos. Empezó el Sr. Campión, siguió el Sr. Rivas y su periódico *El Tradicionalista*, continuaron los Sres. Orti y Lara, Pérez Guzmán, Capella y cuantos se han levantado contra la jefatura del señor Necedal, cayendo en la cuenta de que León XIII ha enseñado á los católicos, no precisamente ahora, sino en Encíclicas de data no muy reciente, que deben reconocer los poderes constituidos y combatir las leyes acatólicas de estos poderes emanadas. Mucho tiempo han necesitado los disidentes del Integrismo para enterarse de las enseñanzas pontificias; y lo que aún es todavía menos edificante, muchos años han necesitado para resolverse á seguir la conducta trazada por León XIII á los católicos militantes. Porque es de advertir que así el Sr. Campión, como el Sr. Rivas, como el Sr. Orti y Lara, como los individuos de la Junta Regional navarra, como todos los que van disgregándose del Integrismo, afirman públicamente que abandonan el partido necedalista, porque se proponen atenerse en lo sucesivo á las instrucciones pontificias, con lo cual bien á las claras reconocen que hasta ahora hacían de ellas el caso que de las coplas de Calainos. Y aún es más reprehensible la salvedad que todos ellos hacen, de que acatarán las instituciones vigentes, cuando lo crean conveniente á los intereses de la propaganda católica; pues habiendo reconocido que León XIII preceptúa la adhe-

sión á los Poderes constituidos, deber suyo era acatar á esos Poderes inmediatamente, y no quedarse en libertad de aceptarlos ó de combatirlos. En lenguaje claro y sincero, la evolución de los integristas disidentes se explica así: Nos separamos del Sr. Nocedal, porque hemos resuelto seguir á León XIII; pero le seguiremos cuando nos parezca conveniente y oportuno. O lo que es lo mismo: hasta ahora, hemos preferido la jefatura de Nocedal á la de León XIII; desde hoy optamos por la de León XIII pero antes de seguirla tomaremos nuestras precauciones.

Luego que el Sr. Campi3n hubo escrito aquellas palabras: «A la vez sostengo y proclamo la luminosísima distinción entre la *legislación* y el *poder constituido*, enseñada por León XIII en documentos de inmortal resonancia,» á esa distinción se acogieron, como á cosa nueva, los Sres. Orti y Lara, Rivas, Gil Delgado, Pérez Goyena y otros, no advirtiendo que semejante doctrina pontificia se expuso ya en la Encíclica *Cum Multa* y en la *Immortale Dei*, y que entonces no quisieron reconocerla, y declararon guerra sin cuartel á los cat3licos que la admitieron. En esa doctrina se fundó la organizaci3n del Centro Cat3lico de Alemania; en ella el partido cat3lico de Bélgica; en ella la Uni3n Cat3lica de Espa3a; y á ella se atienen los cat3licos franceses que se van adhiriendo á la Rep3blica. No es un descubrimiento del Sr. Campi3n y secuaces la distinción entre la legislaci3n y los poderes pol3ticos de un pa3s; sino que en estos últimos años esa distinción ha sido diversas veces expuesta por León XIII, y llevada á la pr3ctica por cat3licos de diversas naciones, sin que de ello se enteraran los integristas espa3oles, como tampoco se enteraban sus antiguos hermanos los carlistas.

Difícilmente creerán los venideros lo que en estos últimos años hemos presenciado. Ha habido y hay todavía en Espa3a un grupo de cat3licos de acci3n, quienes con toda sinceridad han acogido y llevado á la pr3ctica las doctrinas propuestas por León XIII, y que, por lo mismo, han acatado los poderes constituidos, mientras trabajaban por catolizar las leyes promulgadas, tal como ahora reconocen los disidentes del Integristismo que debe hacerse. Y por proceder así, eran tildados de liberales, de masonizantes, de sospechosos en ortodoxia. De Roma recibieron aprobaci3n cumplida; pero aqu3 se les aconsejaba el silencio, bajo el pretexto de que sus escritos perturbaban la paz religiosa. Mientras tanto eran tenidos y honrados como cat3licos excelentes, esos que hasta hoy no habian admitido las ense3anzas de la Santa Sede, y aquellos que todavía no las admiten, y que desecharon y ridiculizaron la Encíclica *Cum Multa*, y tramaron la conspiraci3n del silencio contra la *Immortale Dei*, y consiguieron que la generalidad de los cat3licos espa3oles no llegaran á enterarse de las instrucciones de Roma, y vieron condenados por las Autoridades eclesiásticas sus propios Periódicos.

cos, y se rebelaron varias veces contra sus Obispos. La verdad es que la propaganda católica hecha en España por la casi totalidad de las publicaciones que más alardean de Catolicismo, nada ha tenido ni tiene de pontificia, puesto caso que se ha procurado y logrado que los lectores, ó no conocieran los documentos emanados de la Santa Sede, ó que los conocieran truncados, de manera que el criterio pontificio no sustituyera al criterio del partido.

Con todo, ese proceder tan opuesto á las miras de la Santa Sede, no ha menguado el crédito ortodoxo de esos fieles, que ahora mismo tienen bastante despreocupación para decir al público, que por fin se han resuelto á seguir las instrucciones pontificias. Al mismo tiempo, el pretexto más baladi basta para que se dude de nuestro Catolicismo, y no extrañaremos que estas nuestras declaraciones den pie para que sea vituperada nuestra Revista, mientras que nadie se muestra escandalizado de que en el campo adversario se discuta la oportunidad de seguir las doctrinas de la Santa Sede.

Mas como no servimos á los hombres y nada tememos ni esperamos de ellos, ni nuestra pluma se mueve á impulsos de intereses de partido, sino únicamente en bien de la Iglesia, hemos de continuar, con la ayuda de Dios, llamando á las cosas con su propio nombre, y sosteniendo que el publicista católico debe ser eco fiel de las enseñanzas de Roma, bien favorezcan, bien contraríen las miras de partido, y que, dada la distinción pontificia entre la legislación y el poder constituido, deber ineludible es de los publicistas que reconocen esa distinción, someterse con sinceridad á las instituciones vigentes, y trabajar, no para derribarlas, sino para cristianizarlas, atentos á modificar en sentido católico las leyes provenientes de los poderes establecidos. Y aún añadiremos, sin que nos detenga el escándalo farisaico que nuestra aserción pueda ocasionar, que el Papa quiere, aconseja y manda la unión de todos los católicos, y que esa unión es imposible si todos no nos acogemos á la legalidad común.

J. ABRIL.

ESTUDIOS A LA LIGERA

II

Pero... á qué tanto correr?... El siglo XIX preocuparse por un quitame allá esas pajas?... Confieso que es en verdad mucho más formal é impasible de lo que me creí; y cuando después de

mi inútil fuga reparé en la imperturbabilidad del siglo, me dije entre admirado y confuso: ¡Caramba!... y no se inmuta!...

Vaya, pues, á paseo mi majadería, y aun cuando me suceda lo que á las monas con el leopardo, según reza la fábula, voy á examinar de cerca y sobre todo con formalidad, pues tal exigen las circunstancias, los factores principales de la singularización de nuestro siglo.

En último resultado aquel algo singular se compendia así: la moderna sociedad vive y muere, progresa y retrocede, se ennoblece, se espiritualiza, se santifica y al mismo tiempo se rebaja, se animaliza, se condena.

El buen sentido, haciendo coro con la fe y la genuina ciencia, abomina de semejante mescolanza que sólo ha podido ser parto monstruoso de un siglo que se formó allá en el seno de una Enciclopedia preñada de odio á Dios y á su Religión sacrosanta, y que se evoluciona en la filosofía atea y materialista, cual gusano al calor de la inmundicia y... quién sabe qué forma y qué visos revestirá á la postre de su infeliz carrera!... Lo hermoso, lo bueno, lo divino, Dios, se hallan solamente, á pesar del siglo, en las regiones de lo ideal, en la morada de la revelación: lo feo, lo malo, lo terreno, Belial, radican, diga el siglo lo que le plazca, en el positivismo degradante, en la abyección en que se revuelcan cuantos renegaron un día de su dignidad racional.

Esto es lo que afirma categóricamente el sentido común.

Pudo el humano sér, enloquecido en el paroxismo del orgullo, llegar á pretender que los demás seres humanos libasen en su honor, uno con el honor de los dioses, vino y sangre en sus orgías y sacrificios; logró, divinizado, disponer á su antojo de la voluntad y aún de la vida de los pueblos aherrojados vilmente en incalificable servilismo; pero jamás le sonrió la esperanza de ser el Creador de la naturaleza, como ni tampoco le fué concedido abreviar su sed canina de darla un rumbo esencialmente contrario al que le imprimiera el supremo Hacedor. El mundo asimismo, esto es, el conjunto de hombres que con modestísima frugalidad engúllense nada menos que el dictado de *padres y maestros de la bárbara humanidad*, logrará por desgracia nuestra alucinar con sofisticas promesas, entrelazar por medio de vistosas farsas y delicados embustes, deslumbrar con la baranda de sus inconexos y chispeantes conocimientos á una parte de la masa del pueblo; mas le será por ventura lícito felicitar-se de haber desterrado del orbe la ley natural, el sentido común?... Nada menos que esto. Hace seis mil años campean, á pesar de las rivalidades que se han suscitado, las leyes de la naturaleza humana! Y ahora como en medio de las horrorosas catástrofes que han agobiado á la humanidad, se oye, sonora y apocalíptica, la voz de la conciencia humana que conforme á aquellas leyes cuya imposición de Dios nos viene, y únicamente de Dios, nos

dice á la continua y hasta el fin de los siglos nos lo dirá: de Dios procedemos y á Dios nos dirigimos; es propio de un Dios crear, conservar y mandar; á la criatura toca reconocer su supremo dominio y obedecer: si la vida y el progreso del hombre han de ser fecundos y estables, deben manifestarse precisamente en la obediencia y en el respeto á Dios: fuera de esto no se busque otra cosa más que esterminio y muerte.

Aunque es tarea algo difícil precisar cuáles sean las causas principales de la perturbación de ideas y sentimientos que en el flujo y reflujo de las pasiones levantiscas vayan bajo fatídicos auspicios á nuestro siglo; sin embargo, un serio estudio las reduce á cinco: la negligencia de los padres de familias en lo que se refiere á la educación de sus hijos, el olvido de los más sagrados deberes en los gobernantes, la invasión de las cátedras por indignos profesores, la desfachatez del periodismo moderno y la criminal indiferencia de muchos católicos.

Con tamaños arietes, demoleedores del honor y de la virtud, los que se precian de católicos y desean como tales obrar, no pueden, no deben en manera alguna transigir; porque si celan la obra de Dios, restaurada con la sangre de su unigénito Hijo, Jesucristo, les es preciso convertirse en otro Eleazar; y como éste traspasó el elefante en que cabalgaba el rey Antíoco Eupator, ellos mediante el valor que sólo la Religión sabe infundir y de hecho infunde, deben destruir los crasos errores y enormes vicios en que se pasea triunfante y orgulloso nuestro siglo.

Hijos del Dios-Mártir, sacrificado por un mundo que le aborrecía, justo es muramos en aras de la caridad de Cristo, sacrificados por este mismo mundo que sigue aborreciéndole.

III

Veamos la parte que los padres tienen en las maldades del siglo presente.

Bueno será hacer ante todo unas ligeras indicaciones acerca del Matrimonio cristiano.

Después que Dios hubo adornado la tierra con infinidad de hermosas y lozanas plantas y de haberla poblado de toda clase de animales, creó al que debía ser por su inteligencia, por su corazón y por su semejanza con el Criador, rey de la Creación. Mas viendo el Señor que Adán estaba solo, como lamentándose de que el primer hombre no tuviese otro sér digno de él al que con sagrase los afectos de su corazón, dijo: No es conveniente que el hombre esté solo: voy á darle una compañera; y se la dió en la persona de Eva. De lo cual resulta, y lo explica muy bien el Angel de las Escuelas, que la unión del hombre y de la mujer, esto es, el matrimonio, es *natural* á la especie humana,

y que el matrimonio es una vocación divina, vocación no menos noble aunque menos heroica, que la de los que abandonan el siglo, ya que como ésta tiene por objeto llenar una predilección, cuyo origen se encuentra en el mismo Criador. Y por esta razón el hombre que siguiendo el llamamiento de Dios se asocia, se une con los indisolubles lazos del Matrimonio á otro sér al que se siente inclinado con el fin, que lo es específico del Matrimonio, de procrear hijos para el cielo, no puede menos de complacer á Dios, de alabar á Dios, de glorificar á Dios, y por consiguiente el objeto final á que tiende el Matrimonio es altamente moral á cuyo buen resultado Dios mismo ha contribuído elevando el Matrimonio á la dignidad de sacramento, al que San Pablo califica de *grande* escribiendo á los fieles de Efeso.

Radizando, pues, el Matrimonio en Jesucristo, ha de fructificar en Jesucristo, ha de desarrollarse en Jesucristo; en una palabra, la familia, que es el Matrimonio en su perfección, ha de ser familia cristiana.

Los padres de familia, por el mero hecho de ser cristianos, recibieron el espíritu de adopción de hijos de Dios; pero la paternidad, en virtud de la cual son cooperadores con Jesucristo en la obra magna de la regeneración de los pueblos, les ha impuesto el sagrado é ineludible deber de infundir, en cuanto quepa, en sus hijos aquel mismo espíritu de adopción de hijos de Dios, en el que le invocamos diciendo *Abba, Padre*.

De aquí que, sin mirar con indiferencia lo que atañe á la parte física, hayan de velar cuidadosamente los padres de la parte intelectual y moral de sus hijos, proporcionándoles por sí ó por otros la instrucción que les sea posible, y, lo que más importa, sanas costumbres que les hagan dignos católicos y honrados ciudadanos.

Esto es, en resumen, cuanto importa saber acerca de la paternidad. Pero no es quizás esto lo que menos preocupa á no pocos padres de familia?... Demos un repaso.

Ahora más que nunca acosa á los padres de familia el prurito de que sus hijos adopten el espíritu del siglo, revistan el carácter, el aire moderno, y á este fin no ponen trabas á su imaginación juvenil, que busca con anhelo formas que la entretengan y halaguen, ni á sus pasiones, que van en busca de pábulo en que cebarse y nutrirse; permiten que sus hijos se engolfen en ese mar social en el que pierden la inocencia y el candor, la modestia y la cultura, olvidando culpablemente aquellas palabras del docto Escolapio, P. T. Péndola, que la experiencia las pone ante los ojos: «El hombre que no sabe nadar, no debe arrojarse con temeraria imprudencia á las olas; el joven inexperto en los peligros de la vida, no debe exponerse á perder la virtud al entrar en el gran mar social.» (*Guía de la juventud.*)

¡Ah! Cuando llevado por las alas de mi imaginación á contem-

plar las magníficas escenas que tienen lugar en el seno de una familia cristiana, allá en un ángulo del hogar doméstico, vislumbro un ángel que hace uno, dos, tres, cuatro ó cinco abriles tomó carne humana, rodeado de dos seres cuyos corazones se miran fundidos en aquella hermosa y cándida existencia, fruto de su fiel y acendrado amor; cuando veo al padre cariñoso levantar entre sus brazos á su tierno hijo, colmarle de besos y prodigarle mil caricias y abrazos; cuando percibo la voz de la madre que entona sus cantilenas junto al pedazo de sus entrañas, á las que responde el hijito dirigiendo hacia ella sus ojos de color de cielo; cuando echo de ver que furtivamente surcan las mejillas de la madre, lágrimas más puras y valiosas que las gotas del rocío por el solo presentimiento de lo que será de mi hijo!... cuando penetro en su interior angelical y descubro el porvenir del hijo por ella imaginado... ah!... qué bonito!... un sacrario riquísimo, morada del cordero sin mancilla!... mi corazón goza y augura felicidades sin cuento para aquella familia afortunada, nido de la cándida paloma que en el hogar revolotea.

Mas, deslizanse ligeros unos pocos años y con ellos aquella poesía, capaz de arrebatarse á los mismos ángeles del cielo. ¡Qué panorama tan desgarrador! El desengaño más cruel petrifica mi pecho y quiebra mi lira. A tan felices sobresaltos, á tan bellos ensueños, á encantos tan sublimes, ha sucedido la más glacial indiferencia!...

Apenas aquel hijo traspuso el umbral del mundo, apenas saludó su púdica frente al siglo que le salió al paso con una belleza fingida, con un continente asaz caricaturesco; cuando sus padres, poco iniciados en los misterios del corazón del joven, le declararon *sui juris*, le creyeron en pleno derecho de su persona, reconocieron en él un criterio tal que podría descubrir con facilidad las escaramuzas del siglo villano, y prendados de su precoz valentía se alentaron con la esperanza de que, después de los combates morales que se suceden en la vida, le abrazarian redivivo. Así es que retiraron su mano benéfica y salvadora, profanando aquel sacrario enhorabuena vislumbrado, echando del corazón de su hijo al Dios que en él tenía sus complacencias: hordas se apoderaron de él, y hordas tales como desobediencias, vejámenes, blasfemias, corrupción y paganismo; ladrones le asaltaron, ladrones tales como cafés, teatros, tertulias, bailes y espectáculos, y entonces... ah! entonces rompí mi lira, me senté, cual otro Jeremías, junto á las ruinas del santuario un día consagrado por el lamento y por los suspiros de una madre en la preciosa cuna, y con lágrimas en los ojos y suspiros en el corazón, exclamé: ¡Adios para siempre, cánticos de eternas alabanzas que en el hogar resonaban!... adios, ángeles, que el hogar bendecían!... adios, sosiego y felicidad, para siempre adios!

Jamás el amor de los padres á los hijos fué más exterioriza-

do, si se quiere, pero jamás fué menos sólido. De aquí que no guarden correlación el amor y las manifestaciones de los padres y el reconocimiento y la bondad de los hijos: no ven éstos en aquellos dos seres de intachable conducta y de amable severidad, que no se doblegue ante la veleidad del hijo, sino que sea continuo freno que le contenga: como no tienen los padres una clara idea de la paternidad en Jesucristo, á causa de sus miras humanas y rastreras, como ni tampoco ascendiente moral sobre sus hijos por cierta indefinible conducta, no calcada en la ley del Señor, no pueden en manera alguna reprender en sus hijos lo que en ellos abunda (da lástima tener que confesarlo!), la licencia en las costumbres.

Que en esto no hay exageración bien lo comprenden los pocos padres de familia que se preocupan, cual cumple, por la suerte de sus hijos.

Hay en este gran mar social millares de escollos, tanto más terribles cuanto son menos visibles. Deber es de los padres precaver estos peligros en bien de sus hijos. ¿Por ventura ignoran cuán endeble es el corazón del joven y cuán fácilmente se adapta al molde cuya figura quiera dársele? ¿Quizás no ven que nunca serán bastantes los cuidados que pongan, supuesto que es poco menos que imposible puedan los jóvenes conservar sus costumbres sanas y angélicas, apartadas de los centros de corrupción que hoy por hoy pululan en todas partes y en mil disfraces? El joven sustraído del hogar doméstico vuela al abismo insondable de su perdición: el mundo le halaga para ahogar sus nobles y puros sentimientos y adormecerlo en el lecho de la más repugnante degradación. Sabido es que en este mundo «todo es verdadero menos la verdad; todo virtuoso menos la virtud, todo honrado menos el honor.»

Adornen enhorabuena á los hijos las formas sociales; sean los hijos educados, apuestos, urbanos, pero tengan entendido los padres que estas formas se adquieren, mejor que en otra parte, en el hogar doméstico, santificado con las edificantes palabras y preclaros ejemplos de los padres, y bajo las bóvedas del templo santo, en donde se verifica en los vástagos de la familia la unidad de doctrina y se fortifica el vínculo de paz. Sin unidad de espíritu podrá haber grandes ideas, magníficas concepciones, luminosos principios, pero faltará la ilación necesaria para que fructifiquen; sin vínculo de paz habrá sentimientos, afectos, aspiraciones, amor; mas la esterilidad los inutilizará, la perversión los hará deleznable, nada podrá hacerse con ellos, serán como guijarros que forman el lecho de un río, que sin orden ni concierto no constituyen edificio ni monumento alguno.

Desengañémonos una vez para siempre. Mientras haya padres que como Helí callen ante los defectos y aviesas inclinaciones de sus hijos; mientras no haya en cada hogar una Cornelia

cristiana que confunda á la mujer del siglo XIX, cifrando sus riquezas, sus adornos y su mejor gloria en la santa educación de sus hijos, no es fácil se inicie en la sociedad moderna la restauración social, cuya necesidad cada día más y más se impone.

(Continuará).

T. V. E.

LO QUE FALTA

Caridad y temor de Dios: no puede ser más claro.

Nuestras sociedades modernas, amamantadas á los pechos de la Iglesia, con sus saludables ideas de libertad, de progreso, de mejoramiento en todos los ramos, es imposible que puedan subsistir si no las alienta el fuego vivificante de la Religión Católica, porque desde el momento en que ese soplo divino se extinga, desde el instante en que los sentimientos religiosos dejen de circular, cual fecundante savia, por el corazón de nuestras sociedades, ¡ah! éstas caminarán rápidamente hacia su ruina y desmoronamiento, porque aquellas mismas ideas, que inculcadas por la solicitud maternal de la Iglesia y mantenidas por ésta dentro de su propia esfera de acción, produjeron efectos eficacísimos, tan pronto como las doctrinas católicas quedasen postergadas, se volverían en plaga insoportable, en diluvio de males sin cuento que cual caudaloso torrente desbordado lo arrasaría todo, todo cuanto hallase al paso, sin que nada bastara á contenerlo. La libertad santa y gloriosa convertiríase en espantoso libertinaje; el progreso en informe conjunción de medios para explotarlo todo en provecho propio, á tenor de un egoísmo sin límites, para socavarlo todo sin respetar lo más augusto; y las leyes del decoro en aparatosa refinada hipocresía, nefando envoltorio de almas ruines, lepra que corroe organismos raquiticos.

Porque está probado que así como en el orden admirable de la Naturaleza, tal como le concebimos los hombres, y tal como nos le presenta la Ciencia de acuerdo con la Revelación, nada hay perjudicial en sí mismo, sino que por el contrario, todo tiende á cumplir esa admirable armonía que nos fascina y á mantener las condiciones de viabilidad para que el hombre pueda cumplir la misión que el creador le impusiera; así, en el orden anímico y moral, todas las aspiraciones que nacen del fondo de nuestra alma, todas, como consecuencia legítima que son ó producto de las facultades nobilísimas de que ella está dotada, nada malo encierran en sí mismas y son por el contrario condición necesaria para alcanzar nuestros eternos destinos.

Pero lo que las hace aparecer perjudiciales es su mala aplicación, el uso torcido que de ellas hacemos. Y nótese bien que así como en el orden natural la sola dislocación de un astro ó la más leve atenuación de la fuerza ó el simple desprendimiento del átomo más despreciable, acarrearía la disolución completa de este Universo majestuoso é imponente, en el cual somos reyes, así también—recúrrase á la experiencia propia y á la ajena—cuando controvertimos las leyes del orden moral, esto es, cuando damos torpe aplicación á las facultades de que estamos dotados, entonces es cuando nuestras aspiraciones resultan ilegítimas; entonces se da el caso de que lo mismo que antes producía la virtud ahora fomenta el vicio, y el amor se convierte en voluptuosidad y el sentimiento legítimo de nuestra dignidad en insoportable soberbia, y el corazón se encenaga y la voluntad nos arrastra hacia lo malo y la inteligencia se rebela contra Dios y nuestro libertinaje contra toda ley; y llevando el trastorno hasta sus últimas consecuencias por la rapidísima pendiente que conduce al abismo, y haciendo aplicación á sociedades de tal modo desquiciadas, tan lastimosamente separadas de Dios, ni se siente compasión por el débil, ni se consuela al afligido, ni se socorre al menesteroso, porque cada cual no piensa más que en sí mismo, que háрто atareado le traen sus pasiones; y de otra parte, el menesteroso, el débil, el afligido, el indigente sólo abrigan en su pecho odio profundo por el que goza y sólo albergan en su inteligencia la tétrica idea de derrocar á costa de todo, lo existente, para, sobre sus ruinas, aparecer como legítimos y dignos sucesores de sus opresores caídos, sin variar en lo más mínimo el estado de cosas, ya que sólo aspiran á una transfusión de clases.

En una palabra: intereses contrapuestos que luchan en el terreno del egoísmo; electricidades contrarias que producen, al confundirse, horrendo estadillo y conmociones profundas.

Cuando estas ideas llegan á dominar en el individuo, el alma cae anonadada en su miseria, como tallo tronchado por el impetu violento de la tempestad; pero ¡ay cuando llegan á generalizarse y á dominar en las masas! Entonces es cuando la sociedad se estremece al choque violento de las clases, al estallido de las pasiones, al impetu brutal de la ignorancia exaltada por el frenesí; como en aquel día en que el dedo de Dios señalará el término de todas las generaciones y de todas las evoluciones, los mundos chocarán y se harán trizas y caerán desplomados en el abismo sin fondo de las eternidades.

Esto ha sucedido siempre que las sociedades han vivido completamente apartadas de la ley divina. Por esto se hallan con más frecuencia esos bruscos sacudimientos en los pueblos anteriores á Jesucristo, donde dominaba por manera terrible el espíritu de destrucción; por esto, después del establecimiento de

la Religión cristiana, sólo en raras ocasiones ocurren tales catástrofes, porque la Religión lo une y lo armoniza todo, y es vida, es ciencia, es amor; habla á la inteligencia, conmueve el corazón y ennoblece al alma. Por esto se podrá observar que á medida que de las sociedades modernas, nacidas, lo repetimos, al calor de la Iglesia, ha desaparecido el sentimiento religioso, la rivalidad de las clases se ha hecho inevitable.

Y ¿de qué resorte maravilloso se vale la Religión para conciliar tan opuestas tendencias? De las verdades de vida eterna que Cristo predicó; enseñando á los potentados que no deben enorgullecerles sus grandezas, porque son humo que fácilmente se disipa, y encareciendo á los pobres que lleven con resignación su cruz, porque no es este mundo el reino de los cristianos; recordando á los primeros que cuanto mayores sean sus recursos tanto más estrecha será la cuenta que habrán de rendir al Juez Supremo el día de la gran liquidación, y alentando á los segundos con la esperanza de que tanto mayor será su gloria inmortal cuanto más hayan sabido identificarse con la pobreza; excitándonos á todos á que nos amemos los unos á los otros, como hijos de un Padre común y coherederos de una misma gloria, y amenazando terriblemente á los que rompan ese hermoso lazo de unión, siendo piedra de escándalo.

En suma, ese conjunto de verdades de todos sabidas y por muchos olvidadas, que á todos atañen, á ricos y á pobres, á potentados y á menesterosos, á sabios y á ignorantes, sin excluir á nadie, porque para todos entrañan interés de primer orden, y porque forman la base de la gran economía cristiana.

El aforismo de San Pablo: *Deus charitas est*, y la sentencia de Salomón: *Timor Dei principium sapientiae*, no debieran borrarse jamás de la mente de los hombres, de la conciencia de los pueblos.

Este es el único remedio de los males que lamentamos y de los que pudieran sobrevenir, y sin embargo, muchas veces se echa en olvido. Muchas veces falta caridad, falta temor de Dios; en una palabra, falta Religión.

J. BURGADA JULIÁ.

¡VANIDADES!

—Vamos al jardín; allí
Se bebe del aire ambiente
Lo mejor.
—Esto será para tí:
Yo bebo siempre en la fuente
Del dolor.

—Es grato ver la hermosura
De cuadros llenos de rosas,
Y después,
Al venir la noche oscura,
Contemplar todas las cosas
Al revés.

—Tú que buscas relaciones
Entre los seres del mundo,
Sentirás
Toda clase de emociones,
Y en este sentir profundo
Gozarás.
Entonces podrás decir
Que entre flores se ha mecido
Tu razón.
—Entonces podré sentir
Que entre flores he perdido
Mi ilusión.
—Ya estamos en él. —Qué miras?
¿Por qué se fijan tus ojos
Con afán
En este punto?... ¿Suspiras?
—Ayer aquí.... —Son despojos;
Ya no están.
—Aquí crecía una rosa,
Allí un lirio, ahí un clavel,
¿Qué se hicieron?
—Eran hojas: poca cosa;
Ilusiones de un vergel,
Y murieron.
Chupó el aura su ambrosía
Y el sol borró su matiz
De oro y grana,
Que viviendo sólo un día,
No ven la aurora feliz
De mañana.
Las flores que viste aquí
Del arrebol mendigaron
Su color;
No las busques, pues, así:
Eran nada; se burlaron
De tu amor.
Burlaron tus sentimientos,
Dejando en tu corazón
Desengaños;
Retira tus pensamientos
De la mentida ilusión
De tus años;
Que en el mundo do nacemos
Sólo se viste una rosa
Con la luz,
Y sólo en sus hojas vemos
La figura misteriosa
De la cruz.
Vanidad de vanidades,
Y todo lo de este mundo
Vanidad.
Sólo tras sus necedades,
Siente el hombre moribundo
La verdad.
Que el cristal por do miramos
Mientras la vida florece,
Sucio está,

Y á su través no observamos
Lo que tras él vive y crece,
Cómo va.
Cuando veas la belleza,
De una rosa que es ahora
Tan lozana,
Pregúntale con tristeza:
«¿Esta flor verá la aurora
De mañana?»
Cuando la veas marchita,
Perdiendo por fatal suerte
Sus colores,
Fíjate en ella y medita:
«¿Qué nos enseña la muerte
De las flores?»
Y más tarde al contemplar
Cubierto de mustias galas
Este suelo,
Goza, si puedes gozar,
Al volar después en alas
De tu anhelo.
—¿Qué tienes, que dondequiera
Ves tristes melancolías,
Y no más?
¿Es que una hora placentera
No habrás gozado en tus días?
—No: jamás.
—¿Tan infeliz has vivido,
Que tras de ti la tristeza
Corre en pos?
—Tan infeliz: sólo he ido
En busca de una belleza:
La de Dios.
—¿Y no te gustan las rosas,
Que cautivan y embelesan
Con su amor,
Cuando meciéndose airosas,
Se acarician y se besan
Con ardor?
—¿Y tú nada en ellas ves,
Cuando después de besarse
Un momento,
Caen secas á tus pies,
Y acaban por dispersarse
Con el viento?
—Basta, por Dios, de gemir.
No me robes la ilusión
De un segundo.
¿Pues para qué es el vivir
Si no goza el corazón
De este mundo?
—Callaré. Goza si quieres,
Deshojando tu lozana
Juventud;
Mas piensa que tus placeres
Fabrican para mañana
Tu ataúd.

Ay! que tras sus necedades,
Siente el hombre moribundo
La verdad!

¡Vanidad de vanidades,
Y todo lo de este mundo
Vanidad!

R. O. E.

Igalada 7 de Julio de 1893.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

XVI

Mi querido Conrado: La moral evangélica que te he expuesto tiene más originalidad de la que tú le atribuyes. Incurres en error gravísimo al establecer aquellas pretendidas analogías entre la moral estóica y la moral cristiana, entre la que practican los fakires brahamánicos de la India y la que practican los anacoretas de nuestros desiertos ó los cenobitas de nuestros monasterios. Casi difiere tanto la moral evangélica de esas austeridades deprimentes, como de las férvidas expansiones del moderno saintsimonismo ó de las grotescas hediondeces del epicurismo antiguo. Está basada nuestra moral sobre el verdadero concepto filosófico de la naturaleza humana, que ni es exclusivamente racional y espiritual, como soñaban los viejos estóicos y sueñan los fatuos fakires, ni es tampoco exclusivamente animal y sensible, como suponían los discípulos de Epicuro, y suponen los de Saint-Simon y Fourier y con ellos los creadores del moderno socialismo; sino que el Evangelio, de acuerdo con la más sana filosofía, considera al hombre como individuo á la vez racional y animal, espiritual y sensible, compuesto de alma y cuerpo, sustancialmente unidos en una síntesis personal indivisible, de tal manera que tanto el elemento material como el espiritual integran la naturaleza humana. De donde resulta que el hombre evangélico debe cuidar y perfeccionar no sólo su alma, pero también su cuerpo, porque alma y cuerpo forman su naturaleza, su individuo, su persona.

Mas como en el alma está el principio único de la vida psicológica y fisiológica, y es ella quien informa al cuerpo; establece la moral cristiana la primacia de los intereses espirituales sobre los materiales y la subordinación de éstos á aquéllos, en el caso, por cierto muy frecuente, de que entre unos y otros haya oposición manifiesta. Deberes ineludibles tiene el cristiano respecto á la perfección del alma; deberes ineludibles tiene respecto á la conservación y perfección del cuerpo; no le es lícito olvidar ni por un momento el conocido apotegma: *mens sana in corpore sano*; pero cuando las atenciones del perfeccionamiento espiritual exi-

jan algún sacrificio del cuerpo, del hombre inferior, concupiscente y apetitivo, justo es que la parte menos noble de nuestro ser se sacrifique en aras de la parte más noble; justo es que los intereses materiales y caducos y perecederos cedan á los espirituales y eternos; justo es que las conveniencias del hombre inferior sean postergadas á las del hombre superior. Y en todas ocasiones preceptúa la moral evangélica que el hombre se conserve perfectamente libre en sus determinaciones, de modo que sea la razón y no el apetito sensible quien dirija nuestros movimientos y regule nuestra conducta, á cuyo fin debemos reprimir nuestras concupiscencias, mortificar nuestros sentidos, contrariar nuestras tendencias pecaminosas y enfrenar nuestras pasiones desordenadas.

Aquella moral estoica de Séneca y Marco Aurelio á que haces referencia, era mucho más radical. Se proponía ahogar en el hombre el fomes de la concupiscencia. Declaraba malos todos los movimientos del apetito; calificaba de enfermedades del alma todas las pasiones, aún las más nobles, como la de la gloria, la del estudio, la de la beneficencia; se proponía como ideal una impasibilidad completa, una imperturbabilidad absoluta, una total indiferencia ante los acaecimientos prósperos ó adversos, una serenidad de juicio jamás empañada por los celajes extendidos por la actividad animal y concupiscente. El hombre de los estoicos debía ser siempre libre, siempre racional, siempre dueño de sus energías, y jamás debía manifestarse débil, apasionado, apetitivo, ni siquiera sensible. La virtud suprema del estoicismo era la fortaleza; la perfección máxima la insensibilidad; la cualidad más recomendable la indiferencia. El amor, la compasión, la ternura, la alegría, el temor, las afectuosas expansiones domésticas, las dulces emociones de la amistad, los sublimes raptos del entusiasmo, las efervescencias del patriotismo, las esperanzas y las compunciones religiosas, todo lo que revelaba alguna sensibilidad, era proscrito por esa moral severa, ceñuda, avinagrada, que exigía un perfecto isocronismo al corazón y convertía al mundo en inmensa galería de figuras automáticas: moral absurda por su concepción, imposible por su rigidez, impracticable por su oposición abierta á las más incontrastables tendencias de la naturaleza humana. El hombre es animal racional, y pretender que en sus manifestaciones vitales sólo aparezca la racionalidad, equivale á pretender que los brutos raciocinen, que los árboles sientan, que las piedras hablen, que los ríos suban hacia los manantiales, que los leones busquen los lagos y las ballenas sesten en los valles.

Y qué te diré de ese ascetismo destructor á que se dedican los fakires en las selvas vecinas al Ganges? Contempla el empeño con que maltratan sus cuerpos con ayunos, con vigiliias, con maceraciones espeluznantes: son esqueletos escapados de necrópo-

lis fantásticas; ¿qué se proponen esos desgraciados? Anular la parte sensible de su compuesto humano, para obtener en recompensa el *nirvana*, es decir, la anulación del elemento espiritual perdido en el gran todo, en Brahama. La vida terrestre, según esos infelices anacoretas, tiene por objeto el aniquilamiento del hombre animal, y por premio el aniquilamiento del yo espiritual. Toda la moral consiste en odiarse, en destruirse, en anularse. El mal supremo es la vida. ¿Te empeñas todavía en comparar esa moral con la moral evangélica, que es moral de amor, de esperanza, de orden y equilibrio? Qué tienen de común con la moral evangélica esas asperezas y austeridades suicidas? Porque la moral del Evangelio se propone mantener el equilibrio de nuestras facultades é impedir que el hombre superior sea juguete del hombre inferior, y así ennoblece y dignifica al hombre todo, constituyéndolo rey de la creación; todo lo contrario de la moral búdhica, que trajiste á colación. Hay, sin embargo, en todo eso de los estoicos y budhistas cierto género de moral, que se echa de menos en las groserías hediondas de los epicuros saintsimonianos y sensualistas modernos. Estos, proclamando los derechos soberanos de las concupiscencias, y buscando en el placer la regla fundamental de las costumbres, niegan la existencia misma de la moral, y rebajan al hombre hasta nivelarlo con los brutos irracionales. Dejemos, Conrado, á esos sibaritas envilecidos y no nos enfangüemos siguiendo la pista de esos seres que viven revolcándose en el pútrido cieno de la corrupción más vergonzosa y nauseabunda.

Más dignas de examen son las advertencias que me haces acerca de la moral independiente, llamada también moral universal, moral masónica, moral racionalista. Los que la defienden no intentan en manera alguna denigrar á la moral evangélica. En rigor, esa moral independiente, es la moral evangélica secularizada. Manuel Kant, que es la primera autoridad en esta materia, pone sobre su cabeza el código moral del Evangelio; reconoce que esa moral es la más pura, la más sublime, la más perfecta; pero añade que todo el mérito de Cristo consiste en haberse anticipado en algunos siglos á los demás hombres, los cuales, progresando en conocimientos filosóficos y sociales, hubieran llegado, andando el tiempo, á formular esa moral hermosa que Jesús expuso antes que los hombres pudieran idearla. Nada ve Kant en la moral evangélica que la razón ilustrada no pueda descubrir, y en realidad los filósofos hubieran llegado á ese descubrimiento, si Jesús no se les hubiera anticipado. Todo consiste, pues, en recibir la moral evangélica como conquista de la razón, en lugar de aceptarla como revelación del Cristianismo. Secularícese la moral evangélica y se tiene la moral independiente.

Esa teoría kantiana es un plagio que la filosofía ha hecho á la Revelación. Después que ésta ha expuesto la moral evangélica,

es muy fácil demostrar que esa moral es racional y conforme á la naturaleza humana, para deducir luego que la razón, al llegar á su perfecto desenvolvimiento, hubiera descubierto lo que le han enseñado. Pero deben tener presente los partidarios de la moral racionalista, que la razón humana puede aprender verdades que no sabría descubrir por sí sola, siendo más fácil ver lo que se muestra que averiguar lo que se ignora. Si Kant no hubiera de antemano tenido conocimiento de la culpa original y de la moral consignada en los Evangelios, á buen seguro que no hubiera formulado la conocida regla fundamental de conducta: obra siempre de manera que tus actos puedan servir de norma á cualquier sér libre. Sobre que tampoco puedo concederte que la moral universal venga á coincidir con la moral cristiana. Lo que de aceptable tiene esa moral racionalista, se halla indudablemente en el Evangelio; pero no lo que se consigna en el Evangelio cabe dentro de la moral racionalista. La moral practicada por Jesucristo y por los Santos, ni siquiera ha sido comprendida por Kant, Balzac y demás corifeos de la moral universal. Exponen esos Autores doctrinas morales no contrarias al Evangelio; pero no exponen la doctrina evangélica.

Acaba de publicarse una bellissima obra titulada: *Ecrin spirituel, doctrine des maitres de la vie intérieure* (Librairie Desdée et Lefebvre, Tournai), donde se halla una exposición de la moral evangélica, contenida en trozos escogidos de literatura ascética, de todos los siglos, desde S. Agustín, S. Bernardo, S. Buenaventura, hasta S. Francisco de Sales, el P. Faber y Mgr. Gay. Más de ochenta autores, y entre ellos los más calificados y seguros, son puestos á contribución para formar ese manojito de flores espirituales que despiden el más puro aroma evangélico. Pues bien, querido Conrado, procúrate ese libro, léelo y compara esa moral con la independiente de Kant y Balzac, y verás que esta última dista infinitamente de la perfección de aquélla. Estos autores racionalistas han visto el Evangelio no más por de fuera. No han penetrado su sentido, ni siquiera han contemplado su belléza. Desconocen la moral evangélica. Al secularizarla, para autorizar con ella á la Filosofía y despojar á la Iglesia católica, sólo se han fijado en la forma exterior, en la corteza material, sin llegar á la raíz del árbol, sin chupar su dulcísima savia, sin participar de sus frutos, sin aspirar su embriagadora fragancia.

Un hombre educado según la moral independiente, es un cristiano al revés: aquél es orgulloso y éste es humilde; aquél es el hombre del tiempo y éste es el hombre de la eternidad. La abnegación y la Cruz, son palabras respetables para el moralista independiente; mientras que para el cristiano son las dos realidades más augustas que se encuentran en los caminos de la eternidad, donde la moral debe ser nuestro guía y nuestro compañero inseparable.

Tampoco es cierto que la moral evangélica sea toda austeridad, sacrificio y aspereza. El ascetismo severo recomendado por Jesús *es medio* para el misticismo que debe unirnos al Padre que está en los cielos. Porque la unión mística del alma y Dios es entorpecida por los apetitos y concupiscencias, Cristo nos exhorta á contener eso apetitos y enfrenar esas concupiscencias, y á ponernos en condiciones de seguir fácilmente los impulsos amorosos de la gracia. Si la desobediencia adámica no hubiera desbordado ese torrente de las concupiscencias inferiores, no tendríamos necesidad de contenerlo con los diques de la anegación y de la Cruz, pues podríamos entonces saborear los frutos de la vida mística sin pasar por las amarguras del ascetismo. Permaneciéramos perpetuamente niños, sin pasiones perturbadoras, sin concupiscencias pecaminosas, y la moral se reduciría á los goces del misticismo, propios de las almas sencillas desprendidas de las aficiones terrestres y enamoradas de las cosas celestiales.

Por esto Jesús es el amigo cariñoso de los niños, á los cuales miraba como las flores más hermosas, más aromáticas, más puras, del jardín amenísimo del celestial Padre de familias, contemplando con fruición inefable su cándida belleza, y aspirando con placer su delicioso aroma. ¡Qué bien se hubiera hallado el adorable Jesús compuesto de niños del todo inocentes! Atento á la corriente del río de la vida humana, reconoce y confiesa que, siendo cristalino y límpido en sus primeros manantiales, va enturbiándose y cargándose de légamo impuro á medida que se aleja de sus orígenes. Reprende á los Apóstoles, porque separan á los niños que, arremolinándose ante sus pasos, dificultan la marcha de su comitiva. «Dejad que los niños se me aproximen, les dice, y no queráis impedirselo, porque de ellos es el reino de los cielos; quien á ellos toca, me toca á mí en las niñas de los ojos y en las telas del corazón; y por el contrario, cuanto hicieréis en obsequio de esos pequeñitos, lo recibo como hecho en obsequio mío; y tened entendido, que quien recibiere á uno de esos niños en mi nombre, á mí me recibe.»

Yo hallo interesante además y poético, aquel pasaje evangélico que nos ofrece á Jesús, proponiendo al niño como modelo á que debe acomodarse el hombre que intenta lograr sus eternos destinos. «Llamando Jesús á un niño, nos dice S. Mateo, púsole en medio de sus discípulos, y les dijo: A la verdad os digo, que si no os convirtieréis y volviereis á ser como los niños, no entrareis en el reino de los cielos. Quien se humillare como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos; y el que recibiere á un niño como éste en mi nombre, á mí me recibe; mas el que escandalizare á uno de esos pequeñuelos que creen en mí, valiérale más que, atada á su cuello una rueda de molino, fuera arrojado al profundo del mar. Ved de no escandalizar á ninguno de estos

chiquillos, puesto que sus ángeles siempre están viendo en los cielos la paz de mi Padre.» Y á pesar de la gravedad majestuosa que siempre acompañaba á su Divina Persona, se entretenía cariñosamente con los niños y les ponía las manos sobre la cabeza y les bendecía y los abrazaba.

De seguro que Jesús, al mostrar ese cariño é interés por el niño, no seguía las huellas de ninguno de los legisladores humanos, los cuales, en su mayor parte, al confeccionar sus Códigos, habían por completo prescindido de la parte más tierna y simpática de la sociedad para la cual legislaban. Y no poco hubiera ganado la dignidad humana, y mucho hubiera contribuido á la solidez del buen nombre á que los humanos legisladores y filósofos aspiraban, el que todos ellos hubieran totalmente olvidado la situación del niño: que entonces no tendríamos que lamentar las horripilantes disposiciones que acerca de él los antiguos Códigos contienen. No hubiera preceptuado Licurgo, que fueran irremisiblemente muertos y arrojados al Taigeto, para ser presa de los animales carniceros, los niños que en su constitución física no prometían ser con el tiempo ciudadanos robustos y soldados vigorosos. No existirían las disposiciones de Solón y otros legisladores, sobre los niños que nacían raquíticos ó contrahechos. Y las Doce Tablas de Roma, ese Código que tantos encomios ha merecido por la sabiduría que revela, no preceptuaria al padre de un niño endeble y defectuoso, que luego al punto de haber éste nacido le quitara la vida: *puerum, pater, cito, necato!* Ni Plutarco hubiera emitido la opinión de que no debe concederse el derecho á la vida á aquellos niños que crecen débiles ó enfermizos; ni Séneca, el filósofo pagano, que expuso una moral más severa, hubiera escrito, ni pensado siquiera, que como se mata á un perro rabioso, así debe matarse á un niño enclenque, añadiendo que esto no arguye crueldad, sino deseo de desembarazarse de lo inútil. ¿Quién no se lamenta de la suerte del niño en las sociedades paganas, al leer aquel pasaje de Tertuliano, donde acusa á los romanos de que asesinaban á los niños, de que los hacían morir de hambre y de frío, de que los ahogaban sin compasión, de que los echaban vivos á la presa de los perros y buitres?

Convengamos en que Jesús, al distinguir con tanta predilección á la niñez, no plagiaba precepto alguno de la antigüedad, ni se inspiraba en costumbre alguna establecida. En las sociedades antiguas no figuraban los niños, que se hallaban retenidos en el interior de las casas, cuando su buena constitución no los había privado del derecho á la vida, ó la posición desahogada de los padres los había librado de comparecer en el mercado público y ser vendidos como esclavos. Aquellas sociedades sin niños eran jardines sin flores. Pero el Divino Salvador, no sólo reconoce personalidad sagrada é inviolable á los niños, sino que

ve en ellos á la parte más selecta de la humanidad; de modo que así como todos los humanos legisladores se empeñan en convertir al niño en ciudadano, quiere Jesús que el ciudadano tome al niño como á mejor modelo, proclamando muy alto, que el hombre se desvía de su perfección á medida que pierde las cualidades morales del niño.

La moral de los filósofos y legisladores profanos recomienda las virtudes varoniles y desdenna las cualidades morales características de la edad primera; pero la moral evangélica está toda ella basada en la sencillez, en el candor, en la mansedumbre, en la humildad, en la docilidad, en la obediencia, en la ingenuidad, en el desapego de las criaturas, en la pureza de costumbres, en la abnegación propia, en la espontaneidad piadosa, en la credulidad confiada, en la sinceridad trasparente; virtudes todas que constituyen el patrimonio del niño, y que el hombre ha ido perdiendo al compás con que ha intimado en el trato de sus semejantes. Por esto es que el Salvador Divino enseña, que es imposible alcanzar la inmortalidad dichosa, si no desandamos el camino recorrido al alejarnos de la niñez, si no recobramos aquellas virtudes que adornaron nuestras almas en los años primeros, si no modelamos nuestra conducta, según el ejemplar que el niño nos presenta. Y porque el niño es el hombre evangélico por excelencia, por esto Jesucristo le distingue con especial cariño, y le recomienda á la imitación de sus verdaderos discípulos. No pueden figurar en el número de éstos los que no reconocen y veneran la inocencia, la sencillez candorosa, la humilde mansedumbre, la cariñosa obediencia, la sincera abnegación, la caridad desinteresada, el desprendimiento generoso, la cordial docilidad, que tanto brillan en esas almas tiernas, todavía no combatidas por las pasiones, todavía no envilecidas por los apetitos, todavía no manchadas por las concupiscencias, ni abatidas aún por los bienes terrenales, ni agobiadas por el recuerdo de actos delincuentes. Y como de esas virtudes de la edad inocente se aparta el hombre, por seguir los apetitos y concupiscencias, claro está que sólo contrariando estas concupiscencias y aquellos apetitos podrá reconquistar esas pacíficas y placenteras posiciones de qué fué vergonzosamente desalojado.

Consérvate bien y manda cuánto te ocurra á tu afmo. a. y s. s. q. t. m. b.

O. S.

Barcelona 14 de Julio de 1893.



PENSAMIENTOS

No conozco error, ni preocupación, ni ceguera más grande que el empeño de las familias en inclinar á la mejor parte de la juventud á la abogacía. La primera y más terrible plaga de España es la turbamulta de jóvenes abogados, para cuya existencia es necesaria una fabulosa cantidad de pleitos. Las cuestiones se multiplican en proporción de la demanda. Aún así, muchísimos se quedan sin trabajo, y como un señor jurisconsulto no puede tomar el arado ni sentarse al telar, de aquí proviene ese brillante escuadrón de holgazanes, llenos de pretensiones, que fomentan la empleomanía, perturban la política, agitan la opinión y engendran las revoluciones. De alguna parte han de comer. Mayor desgracia sería que hubiera pleitos para todos.

Pérez Galdós.

*
* *

Para pronosticar la suerte de un principiante, no he tenido nunca en cuenta sus yerros ó sus extravíos. Lo primero es el talento; con él, todo lo demás puede remediarse; sin él, es vana toda lección.»

Montalembert.

*
* *

La mitad de las gentes no lee, porque la otra mitad no escribe, y ésta no escribe porque aquélla no lee.

Larra.

*
* *

Nada nos hace en el mundo tan necesarios los unos á los otros como el afecto que nos llegamos á profesar.

Goëthe.

*
* *

La fe—no lo dudemos—volverá á recobrar su puesto de honor, entre las grandes virtudes de la humanidad regenerada por la sangre de la celestial víctima que se inmoló hace diez y nueve siglos en Judea. Si atendemos á ciertos síntomas, podríamos decir sin miedo, que ya la indecisa luz de la aurora surge en el horizonte.

Pardo Bazán.

Recogidos por J. B. J.